

EL HAMBRE

/Jesús Martínez/

El hambre es mala consejera. Puede hacer que pierdas la cabeza. Puede profanar todo lo que consideras más sagrado. Puedo hacer que enfurezcas. También puede hacer que desaparezcas, que decaigas de tal manera que andes postrado, que no valgas nada, que supliques. Y el hambre puede hacer que mates. Que te alcas como una antigua república que rompa sus férreas líneas para hacerse oír. Las revoluciones entienden más de hambre que de amores, y también los hay de enamorados. En febrero de 1933, Ramón J. Sender, el novelista de los nueve tomos de *Crónica del alba*, voló hasta Casas Viejas (hoy, Benalup, en Cádiz), un par de semanas después de que reprimieran un levantamiento anarquista las Fuerzas Armadas de la Segunda República —principalmente, Guardia Civil y Guardia de Asalto; «sin piedad contra todos los que dispararan contra las tropas»—. En la madrugada del 11 de enero de 1933, se hizo fuerte en el pueblo un grupo armado de viejas escopetas de caza, liderado por el carbonero Francisco Cruz Gutiérrez *Seisdedos*. El suceso acabaría en tragedia: una veintena larga de muertos, entre miembros de las autoridades y, mayoritariamente, campesinos. La represión fue feroz. Indignó al pueblo, y una prensa en su apogeo envió a sus mejores plumas. Ramón J. Sender escribió para *La Libertad* estos textos que Libros del Asteroide ha devuelto al público lector ochenta años después de lo ocurrido: *Viaje*



Ramón J. Sender
Viaje a la aldea del crimen
 Prólogo de Antonio G. Maldonado
 Libros del Asteroide, 2016
 212 pp., 16,95 €



Ramón J. Sender

a la aldea del crimen se cobró numerosas vidas, le costó el puesto de presidente del Gobierno a Manuel Azaña (*La velada en Benicarló: diario de la guerra de España*) y dio visibilidad al atraso social que padecía el campo andaluz, de siempre («de cutio», como se decía entonces).

Viaje a la aldea del crimen se ha comparado con los grandes reportajes del nuevo periodismo: *A sangre fría*, de Truman Capote; *La mujer de tu prójimo*, de Gay Talese, y *Lo que hay que tener: elegidos para la gloria*, de Tom Wolfe. Todas estas historias sal-

El hilo conductor de *Viaje...* no son los muertos, ni el comunismo libertario (posiblemente, la más hermosa idea de la humanidad socializada, a despecho del capitalismo salvaje que la degrada). El centro de esta crónica personalizada es el hambre, como una temible plaga, real, cruda, insalvable

drían a la luz mucho después de que publicara *Viaje...* la imprenta de Juan Pueyo, en 1934 (el mismo que a Sender le editaría *La noche de las cien cabezas*, sobre el pintor Francisco de Goya).

Pero Sender, quizá, está más cerca de los primeros *muckrakers*, rastreadores de la «basura» informativa de primeros del siglo XX,

en Estados Unidos; de los desechos de otros, ellos harían arte, ergo periodismo. Ida Tarbell, Thomas William Lawson, David Graham Phillips... Si Upton Sinclair, en *Lajungla*, consiguió escribir, en palabras de Jack London, «*La cabaña del tío Tom* de la esclavitud asalariada», Ramón J. Sender haría tres cuartos de lo mismo con los pobres que no tienen tierra, el jornalero andaluz que el señorito pisa, aplasta, ahoga.

El hilo conductor de *Viaje...* no son los muertos, ni el comunismo libertario (posiblemente, la más hermosa idea de la humanidad socializada, a despecho del capitalismo salvaje que la degrada). El centro de esta crónica personalizada es el hambre, como una temible plaga, real, cruda, insalvable.

En la obra está recogida de mil maneras: «hambre cetrina y rencorosa, de perro vagabundo» (página 29); «el hambre enloquece» (página 32); «muchas las generaciones que han sufrido hambre» (página 35); «cada cual sentía su hambre y su rencor» (página 68); «libertad de escoger entre morir de frío o de hambre» (página 75); «hambre endémica» (página 135); «se sentía el hambre» (página 137); «tierra de hambre y miserias» (página 143); «hambre siniestra, de lobos» (página 144); «el hambre de dos millones de jornaleros andaluces es el espectro de sus terrores» (página 146)... Y «estado de hambre», «masa hambrienta y desesperada», «recias hambres»...

Ramón J. Sender simpatizó con las izquierdas (*Siete domingos rojos*). A su mujer la fusilaron los franquistas. Su mirada no es objetiva; tampoco existen miradas libres de juicio. «Defender un determinado ideario político no le incapacita a uno para ser arqueólogo, como tener ideas religiosas no resulta incompatible con ser físico», escribe el arqueólogo Alfredo González Ruibal en *Volver a las trincheras: una arqueología de la guerra civil española* (Alianza, 2016).

Ramón sabía de esta hambre, había que ser tonto y ciego para no verla. Finaliza así su narración:

He aquí, en pocas líneas, la conducta de la República socialista ante los hechos: el Parlamento apoya y justifica al Gobierno, el Gobierno disculpa, rehabilita y defiende a las fuerzas opresoras —Guardia Civil y de Asalto—. Estas han asesinado a los campesinos hambrientos de Casas Viejas...

«Venció el hambre.»
El hambre. ■